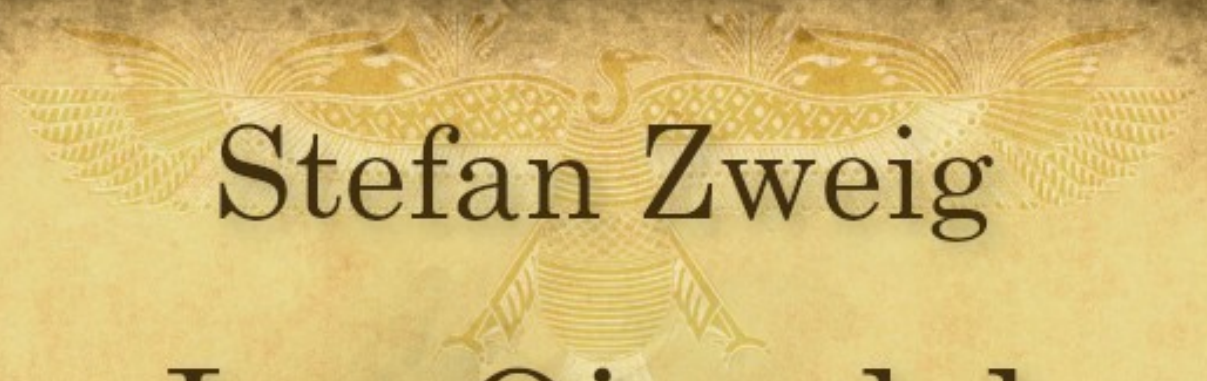
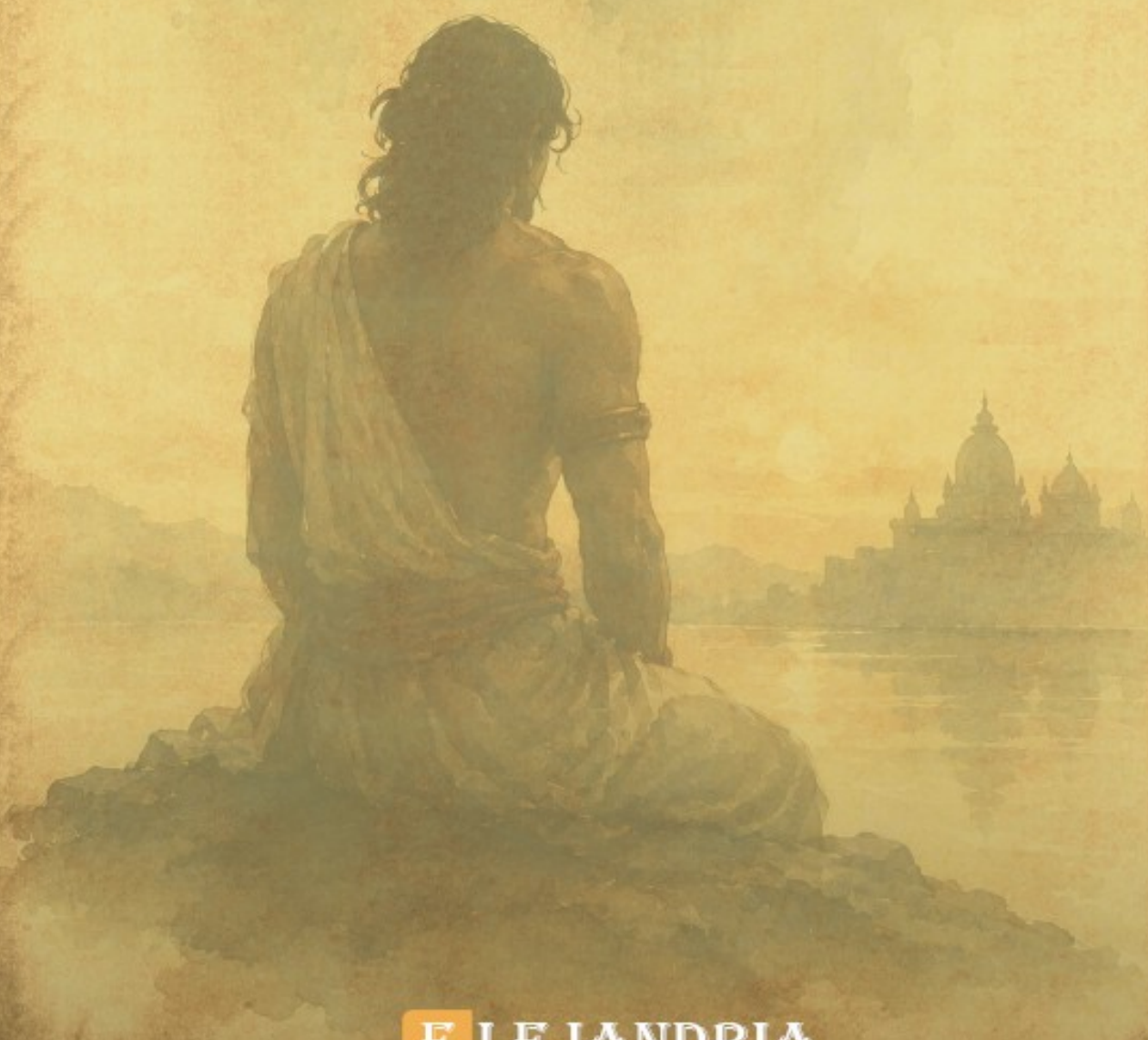




Stefan Zweig

Los Ojos del
Hermano Eterno



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LOS OJOS DEL HERMANO ETERNO

STEFAN ZWEIG

**PUBLICADO: 1922
FUENTE: PROJEKT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LOS OJOS DEL HERMANO ETERNO

No evitando toda acción se libera verdaderamente el hombre del obrar; nunca se puede estar libre de toda acción, ni siquiera un solo instante.

Bhagavad-Gita, canto tercero

¿Qué es, pues, la acción? ¿Qué es la inacción? Esto es lo que confunde incluso a los sabios. Pues hay que atender a la acción, atender a la acción no permitida. Hay que atender también a la inacción: la esencia de la acción es insondable.

Bhagavad-Gita, canto cuarto

Ésta es la historia de Virata,

a quien su pueblo ensalzó con los cuatro nombres de la virtud, pero de quien nada está escrito en las crónicas de los soberanos ni en los libros de los sabios, y cuya memoria los hombres olvidaron.

En los años en que el sublime Buda aún no moraba en la tierra ni había derramado la iluminación del conocimiento sobre sus siervos, vivía en la tierra de los birwagher, junto a un rey de los rajputas, un noble, Virata, a quien llamaban Rayo de la Espada, porque era un guerrero, más audaz que todos los demás, y un cazador cuyas flechas jamás erraban, cuya lanza nunca se blandía en vano y cuyo brazo caía como un trueno sobre el impulso de su espada. Su frente era clara, sus ojos se mantenían erguidos ante la pregunta de los hombres: jamás se vio su mano encorvarse en el puño maligno, ni se oyó su voz en el grito de la ira. Servía al rey como un fiel, y sus esclavos le servían con reverencia, pues nadie era conocido como más justo en las cinco corrientes del río: ante su casa se inclinaban los piadosos al pasar, y los niños sonreían a la estrella de su mirada cuando le veían.

Pero sucedió que la desgracia cayó sobre el rey a quien servía. El hermano de su esposa, a quien había puesto por administrador de la mitad de su reino, ansiaba la totalidad, y había seducido en secreto con regalos a los mejores guerreros del rey, para que le sirvieran a él. Y había persuadido a los sacerdotes de que en breve le trajeran las garzas sagradas del lago, que eran, desde hacía mil y mil años, el signo del dominio en el linaje de los birwagher. El enemigo reunió elefantes y garzas en el campo, congregó a los descontentos de las montañas en un ejército de guerra y avanzó amenazador contra la ciudad. El rey hizo golpear desde la mañana hasta la noche los platillos de cobre y soplar los blancos cuernos de marfil; de noche encendían fuego en las torres y arrojaban a la llama las escamas trituradas de los peces, para que resplandecieran amarillas bajo las estrellas como señal de la necesidad. Pero solo unos pocos acudieron; la noticia del robo de las garzas sagradas había caído pesada sobre el corazón de los jefes y los había vuelto medrosos: el primero de los guerreros y el guardián de los elefantes, los más probados entre los caudillos, se hallaban ya en el campamento del enemigo; en vano buscaba el abandonado amigos con la mirada (pues había sido un señor duro, severo en el juicio y un cruel cobrador de tributos). Y no vio ante su palacio a ninguno de los probados entre los capitanes ni a ninguno de los jefes de campo, sino solo una desamparada multitud de esclavos y siervos.

En esta su necesidad, el rey se acordó de Virata, que le había enviado mensaje de fidelidad al primer toque de los cuernos. Hizo preparar la litera de ébano y llevarla ante su casa. Virata se inclinó hasta la tierra cuando el rey descendió de la litera, pero el rey lo abrazó como un suplicante y le rogó que condujera el ejército contra el enemigo. Virata se inclinó y dijo: — Lo haré, señor, y no volveré a esta casa antes de que la llama de la rebelión sea sofocada bajo el pie de tus siervos.

Y reunió a sus hijos, a su parentela y a sus esclavos, se unió con ellos a la hueste de los fieles y la ordenó en columna de guerra. Todo el día caminaron a través de la espesura hasta el río, en cuya otra orilla se habían congregado los enemigos en número inmenso, jactándose de su multitud y talando árboles para un puente, a fin de llegar por la mañana y, ellos mismos una crecida, anegar la tierra en sangre. Pero Virata conocía, de sus cacerías del tigre, un vado más arriba del puente, y cuando la oscuridad hubo caído, condujo a los fieles, hombre por hombre, a través del agua, y de noche ca-

yeron de improviso sobre el enemigo dormido. Blandieron antorchas de pez, de modo que los elefantes y los búfalos se espantaron y pisotearon en su huida a los que dormían, y la llama blanca saltó a las tiendas. Pero Virata había sido el primero en irrumpir en la tienda del rey rival, y antes de que los dormidos despertaran sobresaltados, ya había abatido a dos con la espada, y al tercero cuando apenas se incorporaba y buscaba la suya. Al cuarto y al quinto los abatió, hombre contra hombre, en la oscuridad, a uno en la frente, al otro en el pecho todavía desnudo. En cuanto yacieron silenciosos, sombra entre sombras, se plantó atravesado ante la entrada de la tienda, para impedir el paso a quien quisiera penetrar, y así salvar el signo del dios, las garzas blancas. Pero ya no venían más enemigos; huían despavoridos en un terror insensato, y tras ellos, con gritos de júbilo, los siervos victoriosos. La fuga pasó de largo y se fue alejando cada vez más. Entonces Virata se sentó, sosegado, con las rodillas cruzadas ante la tienda, la espada ensangrentada en las manos, y esperó a que los compañeros regresaran de su ardiente persecución.

Mas duró solo un poco, y ya despertaba el día de Dios detrás del bosque; las palmeras ardían en el rojo dorado del amanecer y centelleaban como antorchas en la corriente. Sangriento rompía el sol, la herida ígnea en el oriente. Entonces Virata se levantó, se despojó de la vestidura, se acercó a la corriente, con las manos alzadas sobre la cabeza, y se inclinó orando ante el ojo resplandeciente de Dios; luego descendió a la corriente para la ablución sagrada, y la sangre se fue de sus manos. Mas cuando la luz, en blanca ola, tocó su cabeza, retrocedió a la orilla, se envolvió en su vestidura y volvió, de rostro claro, hacia la tienda, para contemplar a la luz de la mañana los hechos de la noche. Con el espanto petrificado en los rasgos, los ojos desorbitados y el ademán desgarrado, yacían los muertos: con la frente hendida el rey rival, y con el pecho abierto el infiel, que antes había sido caudillo en la tierra de los birwagher. Virata les cerró los ojos y siguió adelante, para ver a los otros que había abatido mientras dormían. Yacían, aún medio cubiertos por sus esteras; el rostro de dos le resultó extraño: eran esclavos del seductor, venidos del país del sur, de cabello lanoso y rostro negro. Pero cuando volvió hacia sí el rostro del último, se le oscureció la vista, pues era su hermano mayor, Belangur, el príncipe de las montañas, a quien aquel había llamado en su ayuda y a quien él, sin saberlo, había matado de noche con su propia mano. Se inclinó, estremecido, hacia el corazón del que yacía encogido. Pero ya no latía; rígidos permanecían los ojos abiertos del muerto, y

sus negras pupilas se le clavaban hasta el corazón. Entonces el aliento de Virata se hizo muy pequeño, y como un muerto se sentó entre los muertos, con la mirada apartada, para que el ojo inmóvil de aquel a quien su madre había dado a luz antes que a él no lo acusara por su acción.

Pero pronto llegaron voces volando; como aves salvajes, los siervos venían jubilosos de la persecución hacia la tienda, ricos en botín y de ánimo alegre. Al encontrar al rey rival abatido en medio de los suyos y a salvo las garzas sagradas, bailaron y saltaron, besaron la vestidura colgante de Virata, que estaba sentado entre ellos sin advertirlo, y lo aclamaron con un nuevo nombre, Rayo de la Espada. Y llegaban cada vez más; cargaban el botín en carros, pero tan hondo se hundían las ruedas bajo el peso que tuvieron que golpear a los búfalos con espinas, y las barcas amenazaban con hundirse. Un mensajero saltó al río y se apresuró por delante, para llevar la noticia al rey, mientras los demás se demoraban junto al botín y celebraban su victoria. Virata, entretanto, permanecía sentado en silencio, como quien sueña. Solo una vez alzó la voz, cuando quisieron arrebatar del cuerpo de los muertos sus vestiduras. Luego se levantó, ordenó recoger maderos y apilar los cadáveres sobre la pira, para que fueran quemados y sus almas entraran puras en la transformación. Los siervos se maravillaron de que actuara así con los conspiradores, cuyos cuerpos debían ser desgarrados por los chacales del bosque y cuyos huesos debían blanquear bajo el rigor del sol; pero hicieron según su mandato. Cuando las piras estuvieron apiladas, Virata mismo encendió la llama y arrojó incienso y sándalo en la madera humeante; luego apartó el rostro y permaneció en silencio, hasta que los leños se desplomaron enrojecidos y las brasas se hundieron en ceniza sobre el suelo.

Entretanto, los esclavos habían terminado el puente que ayer, jactanciosos, habían comenzado los siervos del rey rival; delante marchaban los guerreros, coronados con flores de banano, luego seguían los siervos, y a caballo los príncipes. Virata los dejó ir delante, pues su canto y su griterío resonaban dolorosamente en su alma, y cuando caminaba, había, por su voluntad, una distancia entre ellos y él. En medio del puente se detuvo y miró largo tiempo hacia el agua corriente, a la derecha y a la izquierda; delante y detrás de él se detuvieron, guardando la distancia, los guerreros, asombrados. Y vieron cómo alzaba el brazo con la espada, como si quisiera blandirla contra el cielo, pero al bajarlo dejó deslizar la empuñadura con desgana, y la espada se hundió en la corriente. Desde ambas orillas saltaron niños

desnudos al agua para volver a sacarla a flote, creyendo que se le había escapado por descuido, pero Virata los rechazó con severidad y siguió andando, de rostro inmóvil y frente ensombrecida, entre los siervos asombrados. Ninguna palabra torció ya sus labios, mientras hora tras hora avanzaban por el camino amarillo hacia la patria.

Aún estaban lejos de las puertas de jaspe y las torres almenadas de Birwagha, cuando ya se alzaba una nube blanca en el cielo, y la nube rodaba hacia ellos, corredores y jinetes, adelantando al polvo. Y se detuvieron al ver la columna guerrera, y extendieron alfombras sobre el camino en señal de que el rey saldría a su encuentro, cuya planta jamás toca el polvo terrenal desde la hora de su nacimiento hasta la muerte, cuando la llama envuelva su cuerpo purificado. Y ya se acercaba desde lejos, sobre el elefante ancestral, el rey, rodeado de sus pajes. El elefante, obedeciendo el aguijón, dobló las rodillas, y el rey descendió sobre la alfombra extendida. Virata quiso inclinarse ante su señor, pero el rey avanzó hacia él y lo abrazó con ambos brazos, una honra a un súbdito tal como jamás se había oído en aquel tiempo ni se hallaba consignada en los libros. Virata hizo traer las garzas, y cuando batieron sus alas blancas, estalló tal júbilo que los caballos se encabitaron y los guías tuvieron que domar a los elefantes con el aguijón. El rey, al contemplar las señales de la victoria, abrazó a Virata por segunda vez e hizo una seña a un siervo. Este trajo la espada del padre héroe de los rajputas, que desde hacía siete veces setecientos años reposaba en la cámara del tesoro de los reyes, una espada cuya empuñadura era blanca de pedrería y en cuya hoja estaban escritas, con signos de oro, palabras secretas de victoria en la escritura de los antepasados, que ya ni los sabios conocían ni los sacerdotes del gran templo. Y el rey entregó a Virata la espada de las espadas como don de su gratitud y como prenda de que desde entonces sería el primero de sus guerreros y el caudillo de sus pueblos.

Pero Virata inclinó el rostro hasta la tierra y no lo alzó, mientras decía:

—¿Puedo pedir una gracia al más clemente y un favor al más magnánimo de los reyes?

El rey bajó la mirada hacia él y dijo:

—Concedida está, antes aun de que alces los ojos hacia mí. Y si pidieras la mitad de mi reino, sería tuya en cuanto movieras los labios.

Entonces Virata dijo:

—Permitid, mi rey, que esta espada quede en la cámara del tesoro, pues he hecho en mi corazón el voto de no empuñar más espada alguna, desde que hoy maté a mi hermano, el único que creció conmigo en un mismo seno y que jugó conmigo en las manos de mi madre.

Asombrado, el rey lo miró. Luego dijo: —Sé entonces, sin espada, el primero de mis guerreros, para que sepa mi reino a salvo de todo enemigo, pues ningún héroe ha conducido jamás mejor un ejército contra fuerzas superiores: toma mi cinto como signo de poder, y este mi corcel, para que todos te reconozcan como el más alto de mis guerreros.

Pero Virata inclinó una vez más el rostro hasta la tierra y respondió:

—El Invisible me ha enviado una señal, y mi corazón la ha comprendido. Maté a mi hermano, para que ahora sepa que todo el que mata a un hombre mata a su hermano. No puedo ser caudillo en la guerra, pues en la espada hay violencia, y la violencia es enemiga del derecho. Quien participa del pecado de matar es él mismo un muerto. Pero yo quiero que de mí no salga temor, y prefiero comer el pan del mendigo antes que obrar injustamente contra esta señal que he reconocido. Breve es la vida en la eterna transformación: dejadme vivir mi parte como un justo.

El rostro del rey se oscureció por un momento, y tal silencio de espanto se hizo en torno a él como antes había habido plenitud de bullicio, pues jamás se había oído, en los tiempos de los padres y los antepasados, que un hombre libre del rey se resistiera y que un príncipe no aceptara un regalo de su rey. Pero entonces el soberano alzó la mirada hacia las garzas sagradas, el signo de la victoria que aquel había recobrado, y su rostro se iluminó de nuevo, mientras decía:

—Siempre te he reconocido como valiente contra mis enemigos, Virata, y como un justo entre todos los siervos de mi reino. Si he de prescindir de ti en la guerra, no quiero prescindir de ti en mi servicio. Ya que conoces la culpa y sopesas la culpa como un justo, serás el primero de mis jueces y pronunciarás sentencia en la escalinata de mi palacio, para que la verdad se guarde entre mis muros y el derecho se custodie en el país.

Virata se inclinó ante el rey y le asió la rodilla en señal de gratitud. El rey le ordenó subir al elefante a su lado, y entraron en la ciudad de las sesenta

torres, cuyo júbilo rompía contra ellos como un mar tempestuoso.

Desde lo alto de la escalinata de color rosa, a la sombra del palacio, Virata impartía ahora justicia en nombre del rey, desde la salida hasta la puesta del sol. Pero su palabra era como una balanza que tiembla largo tiempo antes de medir un peso; su mirada penetraba clara en el alma del culpable, y sus preguntas descendían con tenacidad hasta el fondo de los crímenes, como un tejón en la oscuridad de la tierra. Severa era su sentencia, pero nunca dictaba el fallo el mismo día; siempre interponía el fresco intervalo de la noche entre el interrogatorio y la condena: durante las largas horas hasta la salida del sol, los suyos lo oían a menudo caminar sin descanso sobre el techo de la casa, meditando sobre lo justo y lo injusto. Pero antes de pronunciar un juicio, sumergía las manos y la frente en el agua, para que su sentencia quedara limpia del ardor de la pasión. Y siempre, una vez pronunciado, preguntaba al culpable si su palabra le parecía errónea; pero rara vez sucedía que alguno replicara contra ella; en silencio besaban el umbral de su asiento y recibían, con la cabeza baja, el castigo como de boca de Dios.

Pero jamás pronunció la boca de Virata sentencia de muerte, ni siquiera sobre el más culpable, y se resistía a quienes se lo reclamaban. Porque rehuía la sangre. El pozo circular de los antepasados rajputas, sobre cuyo borde el verdugo inclinaba las cabezas para el golpe y cuyas piedras eran negras de sangre coagulada, la lluvia lo fue lavando blanco de nuevo con los años. Y sin embargo, la desgracia no aumentó en el país. Encerraba a los malhechores en el calabozo de roca, o los enviaba a las montañas, donde debían picar piedra para los muros de los jardines, y a los molinos de arroz junto al río, donde hacían girar las ruedas junto con los elefantes. Pero él honraba la vida, y los hombres lo honraban a él, pues jamás se halló falta en su sentencia, ni negligencia en su interrogatorio, ni ira en su palabra. Desde lejos, del país, venían los labradores en carros de búfalos con sus disputas, para que él las resolviera; los sacerdotes escuchaban su palabra y el rey su consejo. Su fama crecía como crece el bambú joven, recto y luminoso en una sola noche, y los hombres olvidaron su antiguo nombre, con el que lo habían aclamado como Rayo de la Espada, y lo llamaron, por todo el país de los rajputas, la Fuente de la Justicia.

En el sexto año, mientras Virata impartía justicia desde el peldaño del atrio, sucedió que unos acusadores trajeron a un joven de la tribu de los kazaren, los salvajes que habitan más allá de las rocas y sirven a otros dioses.

Tenía los pies llagados, de tantas jornadas como lo habían hecho recorrer, y cuatro vueltas de ataduras ceñían sus poderosos brazos, para que no pudiera hacer violencia a nadie, como amenazaba su mirada, que giraba iracunda bajo las cejas ensombrecidas. Lo colocaron junto a la escalinata y arrojaron violentamente al atado de rodillas ante el juez; luego se inclinaron ellos mismos y alzaron las manos en señal de acusación.

Virata miró con asombro a los forasteros: —¿Quiénes sois, hermanos, que venís de tan lejos, y quién es este que traéis atado ante mí?

Se inclinó el más anciano de ellos y dijo:

—Pastores somos, señor, que moramos en paz en la tierra del oriente; pero este es el más malvado de la mala tribu, una fiera que ha matado a más hombres de los que tiene dedos en su mano. Un hombre de nuestra aldea le negó a su hija por esposa, porque los suyos son de costumbres impías, comedores de perros y matadores de vacas, y se la dio por esposa a un mercader del valle. Entonces, en su ira, se lanzó como un bandido sobre nuestro rebaño; mató de noche al padre y a sus tres hijos, y cada vez que un hombre de aquella familia llevaba el ganado hasta los límites de la montaña, lo mataba. A once de nuestra aldea llevó así de la vida a la muerte, hasta que nos unimos y dimos caza al malvado como a una fiera, y lo trajimos ante el más justo de todos los jueces, para que tú liberes al país de este violento.

Virata alzó el rostro hacia el atado:

—¿Es verdad lo que ellos dicen?

—¿Quién eres tú? ¿Eres el rey?

—Soy Virata, su siervo y el siervo del derecho, pues me ocupo de la expiación de la culpa y separo lo verdadero de lo falso.

El atado calló largo rato. Luego lanzó una mirada dura:

—¿Cómo puedes saber tú, desde lejos, qué es verdad y qué es falso, si tu saber se nutre solo de las palabras de los hombres?

—Que tu contrarréplica luche contra sus palabras, para que yo reconozca la verdad.

El atado alzó las cejas con desdén:

— Yo no discuto con ellos. ¿Cómo puedes saber tú lo que hice, si ni yo mismo sé lo que hacen mis manos cuando la ira cae sobre mí? Hice bien en obrar contra aquel que vendió a una mujer por dinero, bien en obrar contra sus hijos y sus siervos. Que se querellen contra mí. Los desprecio a ellos y desprecio tu sentencia.

Como una tormenta recorrió la ira a los demás, al oír que el obstinado insultaba al justo juez, y el siervo del tribunal alzó ya la vara espinosa para el golpe. Pero Virata acalló su ira con un gesto y repitió una vez más pregunta tras pregunta. Cada vez que recibía respuesta de los acusadores, interrogaba de nuevo al atado. Pero este apretaba los dientes en una risa maligna y solo dijo, una vez más:

— ¿Cómo quieres saber tú la verdad por las palabras de otros?

El sol estaba a plomo sobre sus cabezas, en el mediodía, cuando el interrogatorio de Virata llegó a su fin. Y se levantó, y quiso, como era su costumbre, volver a su casa y anunciar la sentencia solo al día siguiente. Pero los acusadores alzaron las manos. — Señor — dijeron —, siete días hemos caminado para llegar ante ti, y siete días de vuelta querrá nuestro viaje. No podemos esperar hasta mañana, pues el ganado se muere de sed sin abrevadero y el campo reclama nuestro arado. Señor, te suplicamos, ¡pronuncia tu sentencia!

Entonces Virata volvió a sentarse en el peldaño y meditó. Su rostro estaba tenso como el de quien lleva una pesada carga sobre la cabeza, pues nunca le había sucedido pronunciar sentencia contra alguien que no pidiera clemencia y que se defendiera con la palabra. Largo rato meditó, y las sombras crecían con las horas. Luego se acercó al pozo, se lavó el rostro y las manos en la frescura del agua, para que su palabra estuviera libre del ardor de la pasión, y dijo: — Que sea justa la sentencia que pronuncio. Culpa de muerte ha cargado este sobre sí, arrancando a once vivos de su cuerpo caliente hacia el mundo de la transformación. Un año madura la vida del hombre encerrada en el seno de la madre; así quede este, por cada uno que mató, encerrado un año en la oscuridad de la tierra. Y porque hizo brotar sangre once veces del cuerpo de los hombres, sea azotado once veces al año, hasta que la sangre brote de él, para que pague con el número de sus víctimas. Pero no sea castigado en su vida, pues de los dioses es la vida, y el hombre no debe tocar lo divino. Que sea justa la sentencia que he pronunciado, no por com-

placer a nadie, sino a la gran retribución. Y de nuevo se sentó Virata en el peldaño; los acusadores besaron la escalinata en señal de reverencia. Pero el atado clavó una mirada sombría en los ojos del juez, que lo interrogaban al encontrarse con los suyos. Entonces dijo Virata:

—Te llamé para que me exhortaras a la clemencia y me ayudaras contra tus acusadores, pero tus labios permanecieron sellados. Si hay error en mi sentencia, no me acuses a mí ante el Eterno, sino a tu silencio. Yo quería ser clemente contigo.

El atado se encrespó: —No quiero tu clemencia. ¿Qué es tu clemencia, la que me das, frente a la vida que me quitas en un mismo aliento?

—No te quito la vida.

—Me quitas la vida, y me la quitas más cruelmente de lo que la quitan los caudillos de nuestra tribu, a la que llaman la salvaje. ¿Por qué no me matas? Yo he matado, hombre contra hombre, pero tú me haces enterrar como una carroña en la oscuridad de la tierra, para que me pudra a lo largo de los años, porque tu corazón es cobarde ante la sangre y tus entrañas carecen de fuerza. Arbitrariedad es tu ley y tormento tu sentencia. Mátame, pues yo he matado.

—He medido tu castigo con justicia...

—¿Medido con justicia? Pero ¿dónde está tu medida, juez, con la que mides? ¿Quién te ha azotado, para que conozcas el látigo? ¿Cómo cuentas los años con la ligereza de los dedos, como si fueran lo mismo las horas a la luz y las sepultadas en la oscuridad de la tierra? ¿Has estado tú en el calabozo, para saber cuántas primaveras me quitas de mis días? Un ignorante eres, y no un justo, pues solo quien lo sufre conoce el golpe, no quien lo asesta; solo quien ha padecido puede medir el sufrimiento. Tu soberbia se atreve a castigar culpables, y tú mismo eres el más culpable de todos, pues yo quité la vida en la ira, bajo el yugo de mi pasión, mientras que tú me arrebatas la vida a sangre fría y me impones una medida que tu mano nunca ha pesado y cuyo peso jamás ha probado. ¡Apártate del peldaño de la justicia, juez, para que no resbales de él! ¡Ay de quien mide con la medida del arbitrio, ay del ignorante que cree saber del derecho! ¡Apártate del peldaño, juez ignorante, y no juzgues a hombres vivos con la muerte de tu palabra!

Pálido brotó el odio de la boca del que gritaba, y de nuevo los demás se abalanzaron airados sobre él. Pero Virata los contuvo otra vez, apartó su rostro del salvaje y dijo en voz baja: —No puedo quebrantar la sentencia que se dicta en este umbral. ¡Ojalá haya sido justa!

Luego se marchó Virata, mientras ellos sujetaban a aquel que se resistía en sus cadenas. Pero una vez más se detuvo el juez y volvió el rostro: allí, rígidos y hostiles, le salieron al encuentro los ojos del arrastrado. Y con un estremecimiento sintió Virata en el corazón cuán semejantes eran a los ojos de su hermano muerto en aquella hora en que yacía abatido por su propia mano en la tienda del rey rival...

Aquella noche Virata no volvió a dirigir palabra a nadie. La mirada del desconocido se le había clavado en el alma como una flecha ardiente. Y los suyos lo oyeron, noche entera, hora tras hora, ir y venir sin sueño sobre el tejado de su casa, hasta que la mañana rompió roja entre las palmeras.

En el estanque sagrado del templo tomó Virata el baño de la aurora y oró vuelto hacia oriente; luego entró de nuevo en su casa, escogió la vestidura amarilla de fiesta, saludó grave a los suyos, que, asombrados y sin embargo sin preguntar, contemplaban su solemne proceder, y se dirigió solo al palacio del rey, que le estaba abierto a toda hora del día y de la noche. Virata se inclinó ante el rey y tocó el borde de su manto en señal de súplica.

El rey lo miró con claridad desde lo alto y dijo: —Tu deseo ha tocado mi manto. Está cumplido antes de que le des palabras, Virata.

—Vos me pusisteis como el primero de vuestros jueces. Siete años llevo juzgando en vuestro nombre y no sé si he juzgado con rectitud. Concededme un mes de silencio, para que emprenda un camino hacia la verdad, y concededme que oculte ese camino ante vos y ante todos los demás. Quiero obrar una acción sin injusticia y vivir sin culpa.

El rey se asombró:

—Pobre será mi reino en justicia de esta luna a la otra. Pero no te preguntaré por tu camino. ¡Que te lleve a la verdad!

Virata besó el umbral en señal de gratitud, inclinó de nuevo la cabeza y se fue.

Desde la claridad entró en su casa, reunió a su esposa y a sus hijos: — Durante una luna entera no me veréis. Despedíos de mí y no preguntéis.

Temerosa miró la esposa, piadosos miraron los hijos. Se inclinó ante cada uno y lo besó entre los ojos. — Ahora id a vuestras habitaciones, encerraos, para que nadie me siga con la mirada, a mi espalda, adonde vaya cuando cruce la puerta. Y no preguntéis por mí hasta que la luna se renueve.

Y se volvieron, cada uno en silencio.

Virata se despojó de la vestidura festiva y se puso una oscura, oró ante las imágenes del dios de las mil formas, grabó en hojas de palma una larga escritura que enrolló hasta formar una carta. Con la oscuridad salió luego de su casa silenciosa y se encaminó hacia el peñasco ante la ciudad, donde estaban las minas profundas y las prisiones. Golpeó a la puerta del portero, hasta que el que dormía se levantó de su estera y preguntó a voces quién lo reclamaba: — Soy Virata, el primero de los jueces. He venido a ver a aquel que trajeron ayer.

— En la profundidad está encerrado, señor, en la estancia más baja de la oscuridad. ¿Debo guiarte, señor?

— Conozco la estancia. Dame la llave y vuelve a tu descanso. Por la mañana encontrarás la llave ante tu puerta. Y no digas a nadie que hoy me has visto.

El portero se inclinó, trajo la llave y una lámpara. Virata le hizo una seña, y el sirviente retrocedió en silencio y se echó sobre la estera. Él, en cambio, abrió la puerta de cobre que cerraba la hondonada del peñasco, y descendió a la profundidad del calabozo.

Ya cien años antes habían comenzado los reyes rajputas a encerrar en estas rocas a sus prisioneros, y cada uno de los encerrados iba ahuecando, día tras día, más hondo el monte, y creaba nuevas celdas en la piedra fría para nuevos siervos del calabozo que vendrían tras él.

Virata lanzó aún una mirada, antes de cerrar la puerta, al cuadrado abierto del cielo con sus estrellas blancas y titilantes; luego cerró el portón, y la oscuridad se le vino húmeda al encuentro, sobre la cual saltaba inseguro el resplandor de su lámpara como un animal que buscara algo. Todavía oía el suave susurro del viento entre los árboles y los chillidos agudos de los monos: pero en la primera profundidad ya no era esto sino un leve bramido le-

jano; en la segunda profundidad reinaba ya el silencio, como bajo el espejo del mar, inmóvil y frío. De las piedras solo soplabla humedad, y ya no el aroma de la tierra terrenal, y cuanto más hondo descendía, tanto más duro resonaba su paso en la rigidez del silencio.

En la quinta cámara, más honda bajo tierra de lo que las palmeras más altas se alzan hacia el cielo, estaba la celda del prisionero. Virata entró y alzó la lámpara hacia el oscuro bulto, que apenas se movía, hasta que la luz lo rozó. Una cadena tintineó.

Virata se inclinó sobre él: —¿Me reconoces?

—Te reconozco. Eres aquel al que pusieron por señor de mi destino y que lo pisoteó bajo su pie.

—No soy señor de nadie. Soy siervo del rey y de la justicia. He venido a servirla.

Sombrío alzó la vista el prisionero y clavó los ojos en el rostro del juez: —¿Qué quieres de mí?

Virata calló largo tiempo, luego dijo:

—Te hice daño con mi palabra, pero también tú me hiciste daño con las tuyas. No sé si mi sentencia fue justa, pero había una verdad en tu palabra: nadie debe medir con una medida que no conoce. Un ignorante fui, y quiero llegar a saber. A cientos he enviado a esta noche, a muchos he hecho mucho y no conozco mi obra. Ahora quiero conocerla, quiero aprender, para ser justo y entrar sin culpa en la transformación.

El prisionero seguía clavando la mirada. Suavemente tintineó la cadena.

—Quiero saber lo que te impuse; el mordisco del látigo quiero conocerlo en mi propio cuerpo, y el tiempo encadenado, en mi alma. Por una luna quiero ocupar tu lugar, para saber cuánta expiación te he asignado. Luego renovaré la sentencia del umbral, sabiendo su fuerza y su peso. Tú, mientras tanto, ve libre. Quiero darte la llave que te lleve a la luz, y dejarte libre tu vida durante una luna, si me juras el regreso; entonces, de la oscuridad de esta profundidad, se hará luz en mi saber.

Como piedra permaneció el prisionero. La cadena ya no tintineaba.

— Júrame por la implacable diosa de la venganza, que alcanza a todos, que callarás ante todos durante esta luna, y yo te daré la llave y mi propia vestidura. Dejarás la llave ante la estancia del portero y te irás libre. Pero con tu juramento quedarás ligado ante el dios de las mil formas a llevar, cumplido el círculo de la luna, este escrito al rey, para que yo sea liberado y juzgue de nuevo según la justicia. ¿Juras hacer esto, por el dios de las mil formas?

— Lo juro — brotó, como desde las entrañas de la tierra, de los labios del tembloroso.

Virata soltó la cadena y se despojó de su propia vestidura, deslizándola de los hombros.

— Toma, ponte esta vestidura, dame la tuya y cúbrete el rostro, para que ningún guardián te reconozca. Y ahora toma esta navaja y córtame el cabello y la barba, para que tampoco yo sea reconocible.

El prisionero tomó la navaja, pero, tembloroso, le cayó la mano. Mas la mirada imperiosa del otro penetró en él, y obró como se le había ordenado. Calló largo tiempo. Luego se postró, y la palabra le brotó de la boca a gritos:

— Señor, no consiento que sufras por mi causa. Yo he matado, he derramado sangre con mano ardiente. Justa fue tu sentencia.

— Ni tú puedes sopesarlo ni yo tampoco, pero pronto seré iluminado. Ve ahora, como has jurado, y preséntate el día de la luna llena ante el rey, para que me libere: entonces sabré acerca de los actos que cometo, y mi palabra será para siempre sin injusticia. ¡ Ve!

El prisionero se inclinó y besó la tierra...

Pesada cayó la puerta en la oscuridad; una vez más saltó la luz de la lámpara contra las paredes, luego la noche se precipitó sobre las horas.

A la mañana siguiente, Virata, a quien nadie reconoció, fue conducido al campo ante la ciudad y allí azotado. Cuando el latigazo vibrante cayó por primera vez sobre su espalda desnuda, Virata gritó. Luego apretó los dientes. Pero al golpe setenta se oscureció ante sus sentidos, y lo llevaron como a un animal muerto.

Tendido en la celda, despertó de nuevo, y le pareció que yacía con la espalda sobre fuego ardiente. Pero en torno a su frente había frescor; con el aliento aspiraba el aroma de hierbas silvestres: sintió que una mano estaba sobre su cabello y que de ella goteaba algo suave. Abrió despacio la rendija de los párpados y vio: la mujer del portero estaba a su lado y le lavaba solícita la frente. Y cuando alzó del todo los ojos hacia ella, brilló hacia él, desde su mirada, la estrella de la compasión. Y a través del ardor de su cuerpo reconoció el sentido de todo sufrimiento en la gracia de la bondad. Sonrió suavemente hacia ella y ya no sintió su tormento.

Al segundo día pudo ya incorporarse y tantear con las manos su frío cuadrado. Sintió cómo un mundo nuevo crecía con cada paso que daba, y al tercer día las heridas comenzaron a cicatrizar. Sentido y fuerza volvieron. Ahora permanecía sentado en silencio y solo percibía las horas por las gotas que caían de la pared y dividían el gran silencio en muchos tiempos pequeños, que crecían quedamente hasta hacerse día y noche, como una vida de miles de días crece a su vez hasta la virilidad y la vejez. Nadie le hablaba, la oscuridad permanecía rígida en su sangre, pero desde dentro ascendía ahora, coloreado, el recuerdo en manantial silencioso, que fluía poco a poco reunido en un estanque quieto de la contemplación, donde se reflejaba su vida entera. Lo que había vivido disperso corría ahora hacia uno solo, y una fresca claridad sin oleaje mantenía la imagen purificada en la suspensión del corazón. Nunca había sido su ánimo tan puro como en este sentimiento de contemplación inmóvil de un mundo reflejado.

Con cada día se hacía más clara la vista de Virata; de la oscuridad se alzaban las cosas a su encuentro y confiaban sus formas a su percepción. Y también por dentro se aclaraba todo en una contemplación serena: el más suave placer de la contemplación, hinchándose sin deseo sobre la apariencia de una apariencia, la memoria, jugaba con las formas de la transformación como las manos del encadenado con los guijarros dispersos de la profundidad. Desvanecido él mismo, hechizado e inmóvil, ignorante de las formas de su propio ser en la oscuridad, sentía con más fuerza el poder del dios de las mil formas y a sí mismo vagar por las figuras, sin adherirse a ninguna, claramente liberado de la servidumbre de la voluntad, muerto en lo viviente y vivo en la muerte... Todo el miedo de lo perezoso se disolvía en el suave placer de la liberación del cuerpo. Le parecía que con cada hora se hundía más hondo en la oscuridad, hacia la piedra y la raíz negra de la tierra, y sin

embargo grávido de nuevo germen: gusano tal vez, hurgando sordamente en el terrón, o planta, alzándose con tallo pujante, o solo roca, reposando fresca en la bienaventurada inconsciencia del ser.

Dieciocho noches gozó Virata del divino misterio de la contemplación entregada, desligado de la propia voluntad y libre del agujón de vivir. Bienaventuranza le parecía lo que había hecho como expiación, y ya sentía en sí la culpa y el destino solo como imágenes de sueño sobre la eterna vigilia del saber. Pero en la decimonovena noche se incorporó bruscamente del sueño: un pensamiento terrenal lo había rozado. Como aguja al rojo se le hincó en el cerebro. El espanto sacudió horrendo su cuerpo, y los dedos le temblaban en la mano como hojas en la rama. Este era el pensamiento del espanto: que el prisionero pudiera faltar a su juramento y olvidarlo, y que él tuviera que quedar aquí tendido mil y mil y mil días, hasta que la carne se le cayera de los huesos y la lengua se le paralizara en el silencio. Una vez más saltó en su cuerpo, como una pantera, la voluntad de vivir, y desgarró el envoltorio: el tiempo fluyó hacia su alma, y el miedo y la esperanza, la confusión del hombre. Ya no podía pensar en el dios de las mil formas de la vida eterna, sino solo en sí mismo; sus ojos tenían hambre de luz, sus piernas, que se rozaban contra la piedra dura, querían anchura, querían salto y carrera. En su esposa y sus hijos, en su casa y sus bienes, en la ardiente tentación del mundo tenía que pensar, la que se bebe con los sentidos y se siente con el cálido calor despierto de la sangre.

Desde este día del recuerdo, el tiempo, que hasta entonces había yacido mudo a sus pies como un estanque negro y reflejante, se hinchó hacia arriba, hacia su pensamiento; corría como una corriente, pero siempre en su contra. Él quería que lo arrastrara consigo y lo llevara, como una viga que salta, hasta la hora inmóvil de la liberación. Pero contra él fluía: con aliento jadeante, nadador desesperado, le arrancaba hora tras hora. Y le parecía que, de repente, las gotas de agua vacilaban en su caída contra la pared, tan ancho se había hinchado el intervalo de tiempo entre ellas. Ya no podía permanecer más tiempo en su lecho. El pensamiento de que aquel se olvidaría de él y de que tendría que pudrirse aquí, en el sótano del silencio, lo hacía girar como una peonza entre las paredes. El silencio lo ahogaba: increpaba a las piedras con palabras de injuria y de lamento, maldecía a sí mismo, a los dioses y al rey. Con las uñas sangrantes se aferraba a la roca burlona y corría con el cráneo contra la puerta, hasta caer sin sentido al suelo, para vol-

ver a levantarse de un salto, despierto, y correr, como una rata enloquecida, de un lado a otro por el cuadrado.

En estos días, desde el decimoctavo del apartamiento hasta la luna nueva, Virata vivió mundos de espanto. Le repugnaban el alimento y la bebida, pues el miedo le llenaba el cuerpo. Ya no podía retener ningún pensamiento; solo sus labios contaban las gotas que caían, para partir el tiempo infinito de un día al otro. Y sin que él lo supiera, la cabeza había encanecido sobre sus sienes palpitantes.

Pero al trigésimo día se alzó un ruido ante la puerta y cayó de nuevo en el silencio. Luego resonaron pasos, la puerta se abrió de golpe, la luz irrumpió, y ante el sepultado en la oscuridad estuvo el rey. Y lo abrazó con amor, mientras decía: —He sabido de tu acción, mayor que ninguna otra que jamás se supo en las escrituras de los padres. Como una estrella brillará en lo alto sobre lo bajo de nuestra vida. Sal fuera, para que el fuego de Dios te ilumine y el pueblo, con ojos bienaventurados, contemple a un justo.

Virata se llevó la mano ante los ojos, pues la luz hería, demasiado intensa, su mirada desacostumbrada a ella, y por dentro ondeaba púrpura la sangre. Como un ebrio se puso en pie, y los siervos tuvieron que sostenerlo. Pero antes de salir por la puerta, dijo:

—Vos, rey, me habéis llamado justo, pero yo sé ahora que todo el que dicta derecho comete injusticia y se llena de culpa. Aún hay hombres en esta profundidad que sufren por mi palabra, y solo ahora conozco su sufrimiento y sé: nada puede pagarse con nada. Dejadlos libres, rey, y apartad al pueblo de mi paso, pues me avergüenzo de su alabanza.

El rey hizo una seña, y los siervos apartaron al pueblo. Volvió a reinar el silencio en torno a ellos. Luego dijo el rey:

—En el escalón más alto del palacio te sentabas para dictar derecho. Pero ahora que, por el sufrimiento sabedor, has sido más sabio que jamás lo fue juez alguno, te sentarás junto a mí, para que yo escuche tu palabra y me haga sabio yo mismo por tu justicia.

Pero Virata asió su rodilla en señal de súplica: —¡Dejadme libre de mi cargo! Ya no puedo decir verdad, desde que sé que nadie puede ser juez de nadie. A Dios corresponde castigar, y no a los hombres, pues quien toca el destino cae en culpa. Y yo quiero vivir mi vida sin culpa.

— Así sea — respondió el rey — , no juez en el reino, sino consejero de mis actos, para que me muestres la guerra y la paz, el tributo y la renta, con justicia, y yo no yerre en mi decisión.

Una vez más abrazó Virata la rodilla del rey:

— No me deis poder, rey, pues el poder incita a la acción, ¿y qué acción, rey mío, es justa y no va contra un destino? Si aconsejo la guerra, siembro muerte, y lo que hablo crece hasta hacerse actos, y cada acto engendra un sentido que yo no conozco. Solo puede ser justo quien no participa en el destino ni en la obra de nadie, quien vive solo: nunca estuve más cerca del conocimiento que cuando estaba solo, sin palabra de los hombres, y nunca más libre de culpa. Dejadme vivir en paz en mi casa, sin otro servicio que el del sacrificio ante los dioses, para que permanezca puro de toda culpa.

— A disgusto te dejo ir — dijo el rey — , pero ¿quién puede contradecir a un sabio y torcer la voluntad de un justo? Vive según tu voluntad; es honra de mi reino que alguien viva y obre dentro de sus límites sin culpa.

Salieron ante la puerta, y allí el rey lo dejó ir. Virata caminó solo y aspiró el dulce aire del sol; el alma le era ligera como nunca, mientras iba a su casa, libre de todo servicio. Detrás de él sonó suave un paso fugitivo de pie desnudo, y al volverse era el condenado cuyo tormento él había tomado. Este besó el polvo de sus huellas, se inclinó tímido y desapareció. Entonces sonrió Virata, por primera vez desde aquella hora en que había visto los ojos rígidos de su hermano, y entró alegre en su casa.

En su casa vivió Virata días de luz. Su despertar era oración de gratitud, porque podía ver la claridad del cielo en vez de las tinieblas, porque percibía el color y el aroma de la tierra sagrada y la música clara que obra en la mañana. A diario recibía como un gran don el milagro del aliento y el hechizo de los miembros libres; sentía con piedad su propio cuerpo, el cuerpo suave de su esposa, el cuerpo fuerte de sus hijos, percibiendo bienaventurado en todas partes la presencia del dios de las mil formas, con el alma alada de un suave orgullo, porque en ninguna parte, más allá de su propia vida, se entrometía en un destino ajeno ni tocaba jamás con hostilidad ninguna de las mil formas del dios invisible. De la mañana a la noche leía en los libros de la sabiduría y se ejercitaba en las clases de devoción que existen: el silencio del recogimiento, la amorosa profundización del espíritu, el hacer el bien a los pobres y la oración de sacrificio. Su ánimo se había vuelto sereno,

suave su palabra incluso para el más humilde de sus siervos, y los suyos lo amaban más de lo que jamás lo habían amado. Para los pobres era un socorro, y para los desdichados, un consuelo. La oración de muchos hombres flotaba en torno a su sueño, y ya no lo llamaban, como antaño, «el Rayo de la Espada» y «la Fuente de la Justicia», sino «el Campo del Consejo». Pues no solo venían los vecinos desde el camino, sino que también desde lejos acudían los extraños ante él, para que dirimiera sus disputas, aunque ya no era juez en el país, y se sometían sin vacilar a su palabra. Virata era feliz por ello, pues sentía que aconsejar era mejor que mandar, y conciliar mejor que juzgar: sin culpa sentía su vida, desde que ya no forzaba destino alguno y, sin embargo, tocaba, rigiendo, el destino de muchos hombres. Y amaba el mediodía de su vida con los sentidos serenados.

Así pasaron tres años, y otros tres más, como un día claro. Cada vez más suave se hacía el ánimo de Virata: cuando llegaba ante él una disputa, apenas comprendía ya en su alma que hubiera tanta inquietud sobre la tierra, y que los hombres se agitaran con la pequeña envidia de lo propio, teniendo, sin embargo, la vida ancha y el dulce aroma del ser. No envidiaba a nadie, y nadie lo envidiaba a él. Como una isla de paz se alzaba su casa en la vida allanada, intacta ante los torrentes de la pasión y la corriente del deseo.

Una noche, en el sexto año de su quietud, Virata se había ya retirado a descansar, cuando de pronto oyó gritos agudos y el ruido húmedo de golpes. Saltó de su lecho y vio que sus hijos habían derribado de rodillas a un esclavo y lo golpeaban en la espalda con el látigo de hipopótamo, hasta que la sangre brotaba. Y los ojos del esclavo, desorbitados en tormento opreso, lo miraban fijamente: de nuevo vio en su alma la mirada de antaño de su hermano asesinado. Virata acudió presuroso, detuvo su brazo y preguntó qué había sucedido allí.

Resultó, del cargo y descargo, que aquel esclavo, cuyo servicio era sacar el agua del pozo de roca y traerla en cubas de madera a la casa, había llegado ya varias veces con retraso, en el calor del mediodía, alegando agotamiento, y había sido castigado repetidamente, hasta que ayer, tras un castigo particularmente duro, había huido. Los hijos de Virata lo habían perseguido a caballo y lo habían alcanzado ya al otro lado del río, en una aldea; atado con una cuerda a la silla del caballo, había tenido que volver a casa medio arrastrado, medio corriendo, con los pies desgarrados, donde justamente entonces se le administraba un castigo aún más implacable, como advertencia

para él mismo y para los otros esclavos (que, temblando de rodillas, contemplaban estremecidos al postrado), hasta que Virata, con su llegada, interrumpió el violento suplicio.

Virata bajó la mirada hacia el esclavo. La arena bajo sus plantas estaba humedecida de sangre. Los ojos del aterrado permanecían abiertos como los de un animal que fuera a ser sacrificado, y Virata vio tras su rigidez negra el horror que una vez había habido en su propia noche. — Soltadlo — dijo a sus hijos —, su falta está expiada.

El esclavo besó el polvo ante sus pies. Por primera vez, los hijos se apartaron contrariados del lado del padre. Virata volvió a su estancia. Sin ser consciente de lo que hacía, se lavó la frente y las manos, para reconocer de pronto, al tocarse, asustado, lo que su mente despierta había olvidado: que por primera vez había vuelto a ser juez y había pronunciado sentencia sobre un destino. Y por primera vez en seis años el sueño volvió a huir de él.

Pero mientras yacía sin sueño en la oscuridad, se le acercaban los ojos aterrados del esclavo (¿o eran los del hermano asesinado?) y los ojos coléricos de sus hijos, y se preguntaba, y volvía a preguntarse, si no se había cometido una injusticia de sus hijos contra aquel siervo. Sangre había humedecido, por una leve negligencia, la arena de su casa; el látigo había caído sobre un cuerpo vivo por un pequeño descuido, y esta culpa lo quemaba más que los latigazos que él mismo había sentido antaño saltar como serpientes ardientes sobre su espalda. A ningún hombre libre, ciertamente, le había ocurrido este castigo, sino a un esclavo, cuyo cuerpo era propiedad ajena desde el seno materno, según la ley del rey. Pero ¿era esta ley del rey también un derecho ante el dios de las mil formas, que el cuerpo de un hombre fluyera enteramente en voluntad ajena, libre de todo arbitrio, y que nadie fuera culpable frente a él, aunque le desgarrara o le trastornara esta vida?

Virata se levantó de su lecho y encendió una luz, para hallar en los libros de la enseñanza una señal. En ninguna parte hallaba su mirada distinción entre el hombre y los hombres, sino en el orden de las castas y los estamentos; en ninguna parte, empero, había en el ser de mil formas diferencia ni distancia en la exigencia del amor. Cada vez más sediento bebía en sí el saber, pues nunca había estado su alma tan tensa en la pregunta; entonces la llama se alzó una vez más en la mecha de la luz y se apagó.

Mas cuando ahora la oscuridad se precipitó desde las paredes, sobrecogió a Virata algo misterioso: que ya no era ésta su estancia, la que su mirada ciega palpaba a tientas, sino el calabozo de antaño, en el que él, sintiendo entonces espanto, había reconocido que la libertad es el más hondo derecho del hombre y que nadie debe encerrar a nadie, ni por una vida ni por un año. Mas a aquel esclavo, así lo reconoció, lo había encerrado él en el círculo invisible de su voluntad y encadenado al azar de su resolución, de suerte que ningún paso propio de su vida le era ya libre. La claridad entró en él mientras permanecía quieto, sentado, y sentía cómo los pensamientos ensanchaban de tal modo su pecho, hasta que desde una altura invisible penetró en él la luz. Cobró entonces conciencia de que también aquí había habido culpa en él, mientras sometía a hombres a su voluntad y los llamaba esclavos según una ley que sólo era aquella quebradiza de los hombres, y no aquella eterna del Dios de las mil formas. Y se inclinó en oración: «Gracias te doy, Multiforme, que me envías mensajeros desde todas tus formas, para que me arranquen de mi culpa, cada vez más cerca de ti al encuentro por el camino invisible de tu voluntad. Concédeme que los reconozca en los ojos eternamente acusadores del hermano eterno, que en todo lugar me sale al paso, que mira desde mis propias miradas y cuyo sufrimiento sufro yo, para que mi vida transcurra pura y respire sin culpa».

El rostro de Virata había vuelto a serenarse; con ojos claros salió a la noche, bebió el blanco saludo de las estrellas, respirando hondamente en sí el creciente susurro del viento primaveral, y atravesó los jardines hasta el río. Cuando el sol se alzó por oriente, se sumergió en la corriente sagrada y volvió a los suyos, que estaban reunidos para la oración de la mañana.

Entró en su círculo, saludó con una buena sonrisa, hizo señas a las mujeres para que volvieran a sus aposentos, y luego habló a sus hijos:

—Sabéis que desde hace años sólo una preocupación mueve mi alma: ser justo y vivir sin culpa sobre la tierra; pues bien, ayer sucedió que se derramó sangre en el suelo de mi casa, sangre de un hombre vivo, y quiero quedar libre de esa sangre y hacer penitencia por la falta cometida a la sombra de mi techo. El esclavo, que por una nimiedad fue castigado con excesiva dureza, tendrá libertad desde esta hora e irá adonde le plazca, para que no clame un día ante el Juez postrero contra vosotros y contra mí.

Los hijos permanecieron callados, y Virata sintió algo hostil en aquel silencio.

—Siento un silencio que se opone a mi palabra. Tampoco yo quiero hacer nada contra vosotros sin oíros.

—A un culpable, que faltó, quieres regalarle la libertad, recompensa en vez de castigo —comenzó el hijo mayor—. Muchos siervos tenemos en la casa, y éste no contaba por sí solo. Pero todo acto obra más allá de sí mismo y está anudado a la cadena. Si dejas libre a éste, ¿con qué derecho retendrás después a los demás, que son tuyos, si desean marcharse?

—Si desean apartarse de mi vida, he de dejarlos ir. No quiero retener el destino de ningún ser vivo, pues quien forja destinos cae en culpa.

—Pero así deshaces el signo del derecho —tomó la palabra el segundo hijo—; estos esclavos son nuestros, como la tierra y el árbol de esta tierra y el fruto de ese árbol. Si te sirven, están ligados a ti, y tú ligado a ellos. Tocas una cadena que crece a través de los tiempos desde hace milenios: el esclavo no es señor de su vida, sino siervo de su señor.

—No hay más que un derecho que venga de Dios, y ese derecho es la vida, que a cada cual le fue infundida con el aliento de su boca. Al bien me exhortas, a mí que estaba cegado y me creía libre de culpa: vida ajena he tomado durante años. Mas ahora veo con claridad y sé: un justo no puede convertir a los hombres en bestias. Quiero dar la libertad a todos, para no tener culpa alguna contra ellos sobre la tierra.

El desafío se dibujó en la frente de los hijos. Y el mayor respondió con dureza:

—¿Quién regará los campos para que el arroz no se marchite, quién guiará los búfalos en el campo? ¿Hemos de convertirnos en siervos por causa de tu desvarío? Tú mismo no has fatigado tus manos con el trabajo en toda tu vida, y jamás te preocupó que tu vida creciera sobre el servicio ajeno. Y hay también sudor ajeno en la estera trenzada sobre la que reposabas, y sobre tu sueño velaba el abanico de los sirvientes. ¿Y de pronto quieres expulsarlos de tu lado, para que nadie se afane sino nosotros, tu propia sangre? ¿Acaso hemos de soltar también a los búfalos del arado y tirar nosotros mismos de las coyundas en su lugar, para que no los alcance el látigo? Pues también a ellos les fluye de la boca el aliento del Multiforme. No toques, padre, lo es-

tablecido, porque también esto viene de Dios. No de buen grado se abre la tierra; hay que hacerle violencia para que de ella brote el fruto; la violencia es ley bajo las estrellas, no podemos prescindir de ella.

—Mas yo quiero prescindir de ella, pues el poder rara vez está en lo justo, y quiero vivir sobre la tierra sin injusticia.

—El poder está en todo lo que se posee, sea hombre o animal o la paciente tierra. Donde eres señor, has de ser también soberano: quien posee está ligado al destino de los hombres.

—Mas yo quiero desligarme de todo lo que me lleva a la culpa. Así pues, os ordeno liberar a los siervos de la casa y trabajar vosotros mismos para nuestra subsistencia.

La ira se hinchó en las miradas de los hijos, apenas podían contener su murmullo. Entonces dijo el mayor: —Has dicho que no querías doblegar la voluntad de ningún hombre. No quieres mandar a tus esclavos, para no caer en culpa; a nosotros, en cambio, nos mandas e irrumpes en nuestra vida. ¿Dónde está, te pregunto, aquí el derecho ante Dios y ante los hombres?

Virata calló largo rato. Cuando alzó la mirada, vio la llama de la codicia en sus ojos, y el horror invadió su alma. Entonces dijo en voz baja:

—Bien me habéis instruido. No quiero hacer violencia contra vosotros. Tomad la casa y repartidla según vuestra voluntad; ya no tengo parte en la hacienda ni en la culpa. Bien has hablado: quien gobierna hace esclavos a los demás, pero sobre todo a su propia alma. Quien quiera vivir sin culpa no puede participar de la casa ni del destino ajeno, no puede alimentarse del esfuerzo ajeno, ni beber del sudor de otro, ni quedar prendido a la voluptuosidad de la mujer ni a la pereza de la saciedad: sólo quien vive solo vive para su Dios, sólo el que actúa lo siente, sólo la pobreza lo posee por entero. Yo, en cambio, quiero estar más cerca de lo Invisible que de la propia tierra; quiero vivir sin culpa. Tomad la casa y repartidla en paz.

Virata se volvió y se marchó. Sus hijos quedaron atónitos; la codicia saciada les ardía dulcemente en el cuerpo, y sin embargo estaban avergonzados en su alma.

Virata, empero, se encerró en su cámara, y no atendió a llamada ni a amonestación alguna. Sólo cuando las sombras cayeron en la noche se dispuso a partir; tomó un bastón, la escudilla de las limosnas, un hacha para el

trabajo, un puñado de frutas para el sustento y las hojas de palma con los escritos de la sabiduría para su recogimiento, se recogió la túnica sobre las rodillas y dejó su casa en silencio, sin volverse una sola vez hacia la esposa, los hijos y toda la comunidad de sus bienes. Caminó toda la noche hasta el río en el que una vez, en la hora amarga de su despertar, había hundido su espada, cruzó el vado y siguió luego río arriba por la otra orilla, donde no había nada cultivado y la tierra no conocía todavía el arado.

Hacia el alba llegó a un lugar donde el rayo había caído sobre un mango centenario y quemado un claro en la espesura. El río pasaba suave, trazando un recodo, y una bandada de pájaros revoloteaba sobre las aguas bajas, bebiendo sin temor. Había claridad allí por el cauce abierto, y sombra a la espalda de los árboles. Yacían aún esparcidas maderas astilladas por el rayo y matorrales tronchados. Virata contempló aquel solitario claro luminoso en medio del bosque. Y resolvió construir allí una choza y vivir su vida enteramente entregado a la contemplación, apartado de los hombres y sin culpa.

Cinco días estuvo construyendo la choza, pues sus manos se habían desacostumbrado del trabajo. Y aun después su tarea diaria seguía llena de fatiga, pues tenía que buscarse frutos para su sustento, defender su choza de la espesura, que volvía a crecer con fuerza, y despejar un espacio en torno con estacas puntiagudas, para que los tigres, que rugían hambrientos en la oscuridad, no se acercaran de noche. Pero ningún ruido de hombres penetraba en su vida ni turbaba su alma; silenciosos fluían los días como el agua en la corriente, suavemente renovados desde un manantial infinito.

Sólo los pájaros seguían acudiendo; el hombre quieto no los asustaba, y pronto anidaron junto a su choza. Él les esparcía semillas de las grandes flores y frutos duros. Acudían de buen grado y ya no temían sus manos; bajaban volando de las palmeras cuando él los llamaba, jugaba con ellos, y se dejaban tocar familiarmente por él. Una vez halló en el bosque un mono joven que yacía en el suelo con una pata rota, chillando como un niño. Lo recogió y lo crió, hasta que se hizo dócil y le servía a su manera, jugueteando e imitándolo como un sirviente. Así se vio suavemente rodeado de seres vivos, pero siempre supo que también en los animales dormitaba la violencia y el mal, como en el hombre. Vio cómo los caimanes se mordían y se perseguían con furia, cómo los pájaros arrancaban peces del agua con el pico afilado, y a su vez cómo las serpientes envolvían de pronto a los pájaros anillándose en torno a ellos: la inmensa cadena de aniquilación que aquella

diosa hostil había enroscado en torno al mundo se le reveló como ley, ante la cual el saber no podía negarse. Mas esto le hacía bien: ser sólo un espectador de esas luchas, sin parte alguna en la culpa del creciente círculo de aniquilación y liberación.

Un año y varias lunas llevaba sin ver a un solo hombre. Mas sucedió una vez que un cazador, siguiendo el rastro de un elefante hasta el abrevadero, avistó desde la orilla opuesta una extraña imagen. Allí estaba sentado, iluminado por el fulgor amarillo del atardecer, ante una choza estrecha, un anciano de barba blanca; unos pájaros anidaban apacibles en su cabellera, y un mono partía nueces a sus pies con golpes sonoros. Él, empero, miraba hacia las copas, donde se mecían los loros azules y multicolores, y cuando de pronto alzó la mano, éstos descendieron susurrando, como una nube dorada, y volaron a posarse en sus manos. Al cazador le pareció haber visto al Santo, de quien estaba prometido: «Los animales le hablarán con voz de hombres, y las flores crecerán bajo sus pasos. Él puede coger las estrellas con los labios y apagar la luna con un aliento de su boca». Y el cazador abandonó su caza y corrió a casa para contar lo que había visto.

Ya al día siguiente acudieron curiosos a atisbar el prodigio desde la otra orilla, y cada vez eran más los asombrados, hasta que uno de ellos reconoció a Virata, el desaparecido de su tierra, que había dejado casa y herencia por amor de la gran justicia. Más lejos voló la noticia, y llegó hasta el rey, que echaba dolorosamente de menos al fiel servidor, y éste mandó aparejar una barca con cuatro veces siete remeros. Y batieron los remos hasta que la barca llegó, río arriba, al lugar de la choza de Virata; entonces tendieron alfombras ante los pies del rey, que avanzó al encuentro del sabio. Hacía ya un año y seis lunas que Virata no oía voz de hombre; permaneció tímido y vacilante ante sus huéspedes, olvidó la reverencia del siervo ante el señor y dijo tan sólo: «Bendita sea vuestra venida, mi rey».

El rey lo abrazó:

—Desde hace años veo tu camino ir al encuentro de la perfección, y he venido a contemplar lo singular: cómo vive un justo, para aprender de él.

Virata se inclinó:

—Mi único saber es éste: que desaprendí a estar con los hombres, para quedar libre de toda culpa. Sólo a sí mismo puede instruir el solitario. No sé

si es sabiduría lo que hago, no sé si es dicha lo que siento; nada sé aconsejar y nada sé enseñar. La sabiduría del solitario es otra que la del mundo, la ley de la contemplación es otra que la de la acción.

—Pero ya contemplar cómo vive un justo es aprender —respondió el rey—. Desde que he visto tu mirada, siento una alegría sin culpa. Nada más deseo.

Virata se inclinó de nuevo. Y de nuevo lo abrazó el rey:

—¿Puedo cumplirte algún deseo en mi reino, o llevar una palabra a los tuyos?

—Nada es ya mío, mi rey, o todo lo es sobre esta tierra. He olvidado que tuve una vez una casa entre otras casas e hijos entre otros hijos. El que no tiene patria posee el mundo, el desligado posee la plenitud de la vida, el libre de culpa posee la paz. No tengo ningún deseo, sino permanecer libre de culpa sobre la tierra.

—Vive entonces en paz, y acuérdate de mí en tu recogimiento.

—Me acuerdo de Dios, y así me acuerdo también de vos y de todos sobre esta tierra, que son su parte y su aliento.

Virata se inclinó. La barca del rey se deslizó de nuevo río abajo, y durante muchas lunas el solitario no volvió a oír voz de hombre alguno.

Una vez más alzó el vuelo la fama de Virata y voló como un halcón blanco sobre la tierra. Hasta las aldeas más remotas y las cabañas del mar llegó la noticia de aquel que había dejado casa y herencia para vivir la vida verdadera del recogimiento, y las gentes llamaron al temeroso de Dios con el cuarto nombre de la virtud: la «Estrella de la Soledad». Los sacerdotes ensalzaban su renuncia en los templos, y el rey ante sus servidores; y cuando un juez del país pronunciaba una sentencia, añadía: «Que mi palabra sea tan justa como lo fue la de Virata, que ahora vive para Dios y conoce toda la sabiduría».

Sucedió entonces, alguna que otra vez y cada vez con más frecuencia a medida que pasaban los años, que un hombre, al reconocer la injusticia de sus actos y el sentido embotado de su vida, dejaba casa y patria, regalaba sus bienes y se internaba en el bosque para levantarse, como aquél, una choza y vivir para Dios. Pues el ejemplo es el vínculo más fuerte sobre la tierra,

el que ata a los hombres; cada acto despierta en otros la voluntad de lo justo, de modo que salta del sopor de su ensueño y llena activamente las horas. Y estos que habían despertado cobraban conciencia de su vida vacía, veían la sangre en sus manos y la culpa en sus almas; así se alzaban y se apartaban, para levantarse una choza como aquél, y vivir ya sólo de la desnuda necesidad del cuerpo y de la infinita devoción. Cuando se encontraban unos con otros buscando frutos por el camino, no cambiaban palabra, para no anudar nueva comunidad, pero sus ojos se sonreían gozosos entre sí y sus almas se ofrecían paz. El pueblo, empero, llamó a aquel bosque la aldea de los piadosos. Y ningún cazador merodeaba por su espesura, para no turbar la santidad con la muerte.

Sucedió una vez que, caminando Virata por el bosque una mañana, vio a uno de los ermitaños tendido inmóvil en el suelo, y cuando se inclinó sobre él para incorporar al caído, advirtió que ya no había vida en su cuerpo. Virata cerró los ojos al muerto, dijo una oración y trató de sacar de la espesura el despojo desalmado, para levantar una pira y que el cuerpo de aquel hermano entrara puro en la transformación. Pero la carga se hizo demasiado pesada para sus brazos, que se habían debilitado con el escaso sustento de las frutas. Así pues, fue a pedir ayuda, cruzando el vado del río, hasta la aldea más cercana.

Cuando los habitantes de la aldea vieron al Excelso caminar por su calle, acudieron reverentes a escuchar su voluntad, y fueron enseguida a talar árboles y a dar sepultura al muerto. Pero por donde pasaba Virata, se inclinaban las mujeres, los niños se detenían y lo seguían con la mirada, asombrados, mientras él avanzaba en silencio, y más de un hombre salía de su casa para besar el vestido del huésped excelso y recibir la bendición del santo. Virata, empero, caminaba sonriente a través de aquella ola ciega y sentía cuánto y cuán puramente era capaz de amar de nuevo a los hombres, desde que ya no estaba ligado a ellos.

Mas cuando pasaba junto a la última casa baja de la aldea, devolviendo alegre por doquier el buen saludo de los que se acercaban, vio allí los dos ojos de una mujer clavados en él, llenos de odio; retrocedió sobresaltado, pues le pareció haber vuelto a ver los ojos fijos, olvidados desde hacía años, de su hermano asesinado. Se sobresaltó bruscamente, tan desacostumbrada se había vuelto su alma a toda hostilidad en el tiempo de su alejamiento. Y se persuadió de que podía haber sido un error de sus ojos. Pero las miradas

seguían aún fijas y negras contra él. Y cuando, dueño de nuevo de su serenidad, aflojó el paso para acercarse a la casa, la mujer se retiró hostil hacia el corredor, desde cuya oscura profundidad sintió, sin embargo, que el brillo de aquella mirada seguía quemándolo, como el ojo de un tigre en la espesura inmóvil.

Virata se sobrepuso. «¿Cómo puedo tener culpa contra alguien a quien nunca he visto, para que su odio salte contra mí?», se dijo. «Ha de ser un error; quiero aclararlo». Se acercó tranquilo a la casa y golpeó la puerta con los nudillos. Sólo el eco desnudo le respondió, y sin embargo sentía la cercanía llena de odio de la mujer desconocida. Pacientemente siguió llamando, esperó y llamó de nuevo como un mendigo. Por fin la vacilante se adelantó, con la mirada sombría y hostil vuelta hacia él.

—¿Qué más quieres de mí? —le espetó bufando. Y vio que tenía que sostenerse en el marco de la puerta, tan sacudida estaba por la ira.

Virata, empero, sólo miró su rostro, y su corazón se aligeró, pues tuvo la certeza de no haberla visto nunca antes. Ella era joven, y él llevaba años apartado del camino de los hombres; nunca pudo haber cruzado su senda ni haber hecho nada contra su vida.

—Quería darte el saludo de la paz, mujer desconocida —respondió Virata—, y preguntarte por qué me miras con ira. ¿Acaso fui tu enemigo, hice algo contra ti?

—Lo que me has hecho —una risa perversa le rondó la boca— ¿lo que me has hecho? Una nadería, sólo una nadería: mi casa la has vuelto de plenitud a vacío, me has robado lo más querido y has arrojado mi vida a la muerte. Vete, para que no vea más tu rostro, o mi ira ya no se contendrá más.

Virata la miró. Tan extraviada tenía la mirada, que pensó que la locura se había apoderado de la desconocida. Ya se disponía a seguir su camino, y dijo: «No soy quien tú crees. Vivo apartado de los hombres y no cargo con la culpa de ningún destino. Tu mirada me confunde con otro».

Pero su odio le salió al paso desde atrás:

—Bien te reconozco, a ti a quien todos conocen. Eres Virata, al que llaman la Estrella de la Soledad, al que ensalzan con los cuatro nombres de la virtud. Pero yo no te ensalzaré; mi boca clamará contra ti hasta que llegue al

último Juez de los vivos. Así que ven, ya que preguntas, y mira lo que me has hecho.

Y agarró al atónito y lo arrastró dentro de la casa, abrió de un empujón una puerta que daba a aquella estancia baja y oscura. Y lo llevó hacia el rincón, donde algo yacía inmóvil sobre una estera, en el suelo. Virata se inclinó, y retrocedió estremecido: allí yacía muerto un niño, y sus ojos lo miraban fijamente, como una vez los ojos del hermano en la eterna queja. Junto a él, empero, gritaba la mujer, sacudida por el dolor: «El tercero, el último era de mi vientre, y también a él lo has asesinado tú, tú, al que llaman el Santo y el siervo de los dioses».

Y cuando Virata, interrogante, quiso alzar la palabra para defenderse, ella lo arrastró más adentro: «Aquí, mira el telar, el telar vacío. Aquí se ponía Paratika, mi marido, de día, y tejía blanco lino; no había tejedor mejor en toda la comarca. De lejos venían y le traían trabajo, y el trabajo nos traía la vida. Claros eran nuestros días, pues Paratika era un hombre bueno y su diligencia no conocía tregua. Evitaba a los réprobos y evitaba la calle; tres hijos despertó en mi vientre, y los criamos para que fueran hombres a su imagen, buenos y justos. Entonces oyó él — ¡pluguiera a Dios que el forastero nunca hubiese venido! — de boca de un cazador que había uno en la comarca que había dejado casa y hacienda para entrar como terrenal en Dios, y que se había construido una casa con sus propias manos. Entonces el ánimo de Paratika se fue oscureciendo, cada vez más; cavilaba mucho por las noches, y rara vez decía una palabra. Y una noche, al despertar yo, él se había ido de mi lado al bosque que llaman el bosque de los piadosos, donde tú morabas, para consagrarse al recuerdo de Dios. Pero al pensar en el suyo, se olvidó de nosotros y olvidó que vivíamos de su fuerza. La pobreza entró en la casa, faltó el pan a los niños, murieron uno tras otro, y hoy ha muerto éste, el último, por tu causa. Pues tú lo sedujiste. Por eso, para que tú estuvieras más cerca de la verdadera esencia de Dios, tres hijos de mi vientre han bajado a la dura tierra. ¿Cómo quieres expiar esto, soberbio, cuando te acuse ante el Juez de los muertos y los vivos, porque el cuerpecito de mi hijo se retorció en mil tormentos antes de perecer, mientras tú arrojabas migajas a los pájaros y estabas lejos de todo dolor? ¿Cómo quieres expiar esto, que hayas seducido a un justo para que abandonara el trabajo que lo alimentaba a él y a los niños inocentes, con el necio desvarío de que estaría, apartado, más cerca de Dios que en la vida viviente?».

Virata permanecía pálido, con el labio tembloroso:

—No sabía que era yo motivo de tropiezo para otros. Creía obrar a solas.

—¿Dónde está entonces tu sabiduría, sabio, si no sabes esto que ya saben los niños, que todo hacer se hace ante Dios, que nadie escapa por su voluntad a Él ni a la ley de la culpa? No has sido más que un soberbio, que creía ser dueño de sus actos y enseñar a los demás: lo que para ti fue dulzura, es ahora mi amargura, y tu vida es la muerte de este niño.

Virata reflexionó un instante. Luego se inclinó:

—Hablas con verdad, y veo que siempre hay en un dolor más conocimiento de la verdad que en toda la serenidad de los sabios. Lo que sé, lo he aprendido de los desdichados, y lo que contemplé, lo vi a través de la mirada de los atormentados, la mirada del hermano eterno. No un humilde de Dios, como yo creía, sino un soberbio he sido: esto lo sé por tu sufrimiento, que ahora sufro yo. Perdóname, pues, que lo confiese: cargo con una culpa hacia ti, y probablemente también hacia muchos otros destinos que no sospecho. Pues también el que no actúa comete un acto que lo hace culpable sobre la tierra, también el solitario vive en todos sus hermanos. Perdóname, mujer. Quiero regresar del bosque, para que también Paratika regrese y te despierte en el vientre nueva vida en lugar de la que pasó.

Se inclinó una vez más y rozó con los labios el borde de su vestido. Entonces toda la ira se desprendió de ella, y, maravillada, siguió con la mirada al que se alejaba.

Virata pasó todavía una noche en su choza, contempló las estrellas mientras brotaban blancas desde la profundidad del cielo y volvían a apagarse en la mañana; una vez más llamó a las aves para darles de comer y las acarició. Luego tomó el bastón y el cuenco, tal como había llegado hacía tantísimos años, y regresó a la ciudad.

Apenas se difundió la noticia de que el santo había abandonado su soledad y moraba de nuevo entre los muros, el pueblo se derramó fuera de las callejas, dichoso de ver al que tan rara vez se dejaba contemplar, aunque algunos también con secreto temor de que su llegada, viniendo de Dios, anunciara alguna desgracia. Como a través de un muro ondulante lleno de reverencia avanzaba Virata, y trataba de saludar a las gentes con la sonrisa sere-

na que solía posarse suave en sus labios, pero por primera vez ya no lo conseguía: su mirada permaneció grave y su boca cerrada.

Así llegó al patio del palacio. Había pasado ya la hora del consejo y el rey estaba solo. Virata se dirigió hacia él, que se levantó para estrecharlo entre sus brazos. Pero Virata se inclinó hasta el suelo y asió el borde del vestido del rey en señal de súplica.

—Cumplida está tu súplica —dijo el rey—, antes incluso de que fuera palabra en tus labios. Honor sea para mí que se me haya dado el poder de servir a un piadoso y de ser ayuda para el sabio.

—No me llames sabio —respondió Virata—, pues mi camino no fue el recto. He andado en círculo y me hallo, suplicante, ante vuestro umbral, donde antaño estuve para que me liberarais de mi servicio. Quise estar libre de culpa y evité toda acción, pero también yo quedé enredado en la red que los dioses tienden a los mortales.

—Lejos de mí el creer esto de ti —respondió el rey—. ¿Cómo podrías haber obrado mal contra los hombres, tú que los evitabas, cómo caer en culpa, tú que vivías en Dios?

—No a sabiendas he obrado mal; hui de la culpa, pero nuestro pie está encadenado a la tierra y nuestro obrar a las leyes eternas. También la inacción es un acto; no pude escapar a los ojos del hermano eterno, a quien eternamente hacemos bien y mal, contra nuestra voluntad. Pero siete veces soy culpable, pues hui de Dios y negué el servicio a la vida; fui un inútil, pues solo alimenté mi propia vida y no serví a ningún otro. Ahora quiero volver a servir.

—Extraño me resulta tu discurso, Virata, no te comprendo. Dime tu deseo, para que lo cumpla.

—Ya no quiero ser libre de mi voluntad. Pues el libre no es libre, y el inactivo no está sin culpa. Solo quien sirve es libre, quien entrega su voluntad a otro, su fuerza a una obra, y actúa sin preguntar. Solo el centro del acto es obra nuestra; su principio y su fin, su causa y su efecto están en manos de los dioses. Libradme de mi voluntad —pues todo querer es confusión, todo servir es sabiduría—, para que os pueda dar las gracias, rey mío.

—No te comprendo. Exiges que te haga libre, y al mismo tiempo pides servir. ¿Así que solo es libre quien asume el servicio de otro, y no aquel que

le ordena ese servicio? No lo comprendo.

—Está bien, rey mío, que no lo comprendáis en vuestro corazón. Pues ¿cómo podríais seguir siendo rey y mandar, si lo comprendierais?

El rostro del rey se ensombreció de ira:

—¿Así que piensas que el que manda es menor ante Dios que el siervo?

—Ninguno es menor ni ninguno mayor ante Dios. Quien solo sirve y entrega su voluntad, sin preguntar, ha apartado de sí la culpa y la ha devuelto a Dios. Pero quien quiere, y cree que con su sabiduría puede evitar lo hostil, cae en la tentación y cae en la culpa.

El rostro del rey siguió sombrío:

—¿Así que un servicio es igual a otro, y ninguno mayor ni ninguno menor ante Dios y ante los hombres?

—Puede ser que algunas cosas parezcan mayores ante los hombres, rey mío, pero ante Dios todo servir es uno solo.

El rey miró largo rato y sombrío a Virata. Malignamente se retorció el orgullo en su alma. Pero al advertir su rostro hundido y el cabello blanco sobre la frente surcada de arrugas, pensó que el anciano había caído en la niñez antes de tiempo, y dijo con sorna, para ponerlo a prueba:

—¿Querrías ser guardián de los perros en mi palacio?

Virata se inclinó y besó el escalón en señal de agradecimiento.

Desde aquel día, el anciano al que el país había ensalzado en otro tiempo con los cuatro nombres de la virtud fue guardián de los perros en el cobertizo delante del palacio, y vivió con los siervos en la estancia inferior. Sus hijos se avergonzaban de él, y con cobarde rodeo esquivaban la casa para no verse obligados a reparar en él ni a reconocer ante los demás que compartían su sangre; los sacerdotes se apartaban del indigno. Solo el pueblo se detenía todavía, asombrado, algunos días, cuando el anciano que en otro tiempo había sido el primero del reino pasaba como sirviente con la trailla de los perros. Pero él no reparaba en ellos, y así pronto se dispersaron y dejaron de pensar en él.

Virata cumplía fielmente su servicio desde el arbol de la mañana hasta el arbol de la tarde. Lavaba los belfos de los animales y les rascaba la

roña del pelaje, les llevaba el alimento, les hacía la cama y barría su inmundicia. Pronto los perros lo amaron más que a nadie del palacio, y él se alegraba de ello; su vieja boca surcada de arrugas, que rara vez hablaba a los hombres, sonreía siempre ante su alegría, y amaba sus años, que fueron largos y sin grandes sucesos. El rey murió antes que él, y vino uno nuevo, que no reparaba en él y que una vez lo golpeó con el bastón porque un perro gruñó cuando pasaba. Y también los demás hombres fueron olvidando poco a poco su existencia.

Pero cuando también sus años se cumplieron y Virata murió, y fue enterrado en el muladar de los siervos, ya nadie en el pueblo se acordaba de aquel a quien el país había celebrado en otro tiempo con los cuatro nombres de la virtud. Sus hijos se ocultaron, y ningún sacerdote cantó el canto de la muerte sobre su cuerpo exánime. Solo los perros aullaron durante dos días y dos noches, y luego también ellos olvidaron a Virata, cuyo nombre no está inscrito en las crónicas de los soberanos ni consignado en los libros de los sabios.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB